

# Verano de 1995

*En un pueblo alicantino...*

**Alex y Priscila se conocieron en el verano de 1995. Un verano en el que sonaban canciones como *Scatman's world*, de Scatman John; *Wonderwall*, de Oasis, o *Boombastic*, de Shaggy, aunque las que más le gustaban a ella eran las que retumbaban en la radio de la cocina cuando la escuchaba su madre y no sus hermanos: *Back for good*, de Take That, o *Ironic*, de Alanis Morissette.**

Aquel verano, el abuelo materno de Alexander St. Claire cedió la dirección del diario más leído de toda la Costa Blanca a su yerno, y el matrimonio y sus hijos se trasladaron desde Londres, donde habían vivido hasta ese momento.

El diario había empezado siendo un humilde periódico local y, con el transcurso de los años, se había convertido en un noticiero de referencia en la zona. Pero, para orgullo de los lugareños, el corazón del negocio seguía arraigado en el pueblo.

La abuela de Alex no quería que su hija viviera a tantísima distancia (para ella, Londres era muy muy lejos) y persuadió a su marido de tomar

la decisión. Determinaron darle el puesto al padre del muchacho, y no a la madre, porque consideraban que así ella dispondría de más tiempo para criar a sus hijos y disfrutar de ellos. Sin embargo, el amor de esta por el trabajo era más fuerte que el amor por sus hijos, por lo que no sirvió de mucho. No hubo cambios en la vida de Alex en ese sentido.

Priscila tan solo tenía cinco años –el treinta y uno de diciembre cumpliría los seis–, pero algo le palpitó en el pecho, algo a lo que jamás sabría ponerle nombre, cuando descubrió a su nuevo vecino.

La niña vivía en una urbanización privada compuesta por veinte viviendas unifamiliares y varias zonas comunes para todos los vecinos; entre ellas, la piscina. Aquella mañana de julio, despejada como casi todas, Priscila jugaba en de la piscina infantil con sus cuatro hermanos: River, Marcos, Hugo y Adrián, de mayor a menor. De pronto escucharon el sonido inconfundible de una furgoneta aproximándose; varias, en realidad.

Ellos cinco eran los únicos usuarios de la zona común; a las diez de la mañana pocos bañistas se acercaban por allí, pero los padres de los cinco hermanos se habían rendido tiempo atrás: sus hijos eran acuáticos, así lloviera, tronara o nevara.

Salieron del agua dejando un reguero a su paso y se asomaron por un hueco entre los tablonos verticales que separaban el área de la piscina de las viviendas; el ruido procedía de esa parte.

River, de pie, metió la cabeza por el agujero, y sus hermanos lo imitaron, cada uno más abajo que el anterior. Para cuando le llegó el turno a Priscila, esta tuvo que ponerse de rodillas porque apenas había espacio. Se empujaron los unos a los otros hasta que encontraron una posición cómoda para todos. Priscila se estremeció ante el contacto con la piel fría de Adrián, y su nariz se impregnó del olor a madera y cloro al apoyarla en uno de los tablonos.

–Son los vecinos nuevos –anunció el mayor, que, con trece años, estaba al corriente de las novedades de la urbanización. Puede que contara con información de primera mano porque su *medionovia* había vivido antes en esa casa, la que quedaba enfrente de la suya.

–Parece que tienen dos hijos; no veo a ninguna chica –afirmó el segundo, de once años.

–¡Vamos! –gritaron los cuatro hermanos mayores, al unísono.

Priscila estaba bastante harta de hombres, como los llamaba ella a su tierna edad, pero el chiquillo de pelo castaño despeinado y aspecto desgarrado que estaba al otro lado de la carretera le pareció un ángel. Y eso que ella siempre había creído que los ángeles eran rubios.

El corazón le hizo bum. Sonrió, aunque tampoco supo el motivo.

Alex, a sus ocho años, estaba acostumbrado a hacerse el interesante e ir de creído por la vida (en realidad, no era más que una coraza); la excusa era que lo había aprendido de su hermano John, que le sacaba diez años. Así que, cuando las miradas de ambos se encontraron por primera vez (no era fácil para cinco cabezas pasar desapercibidas), observó a Priscila por encima del hombro, sin devolverle la sonrisa, y adoptó una pose engreída. Si algo había aprendido era a pavonearse delante de los chicos y, más aún, de las chicas. Quizá por eso, tardaron un año entero en cruzar una segunda mirada, a pesar de ser vecinos y de estudiar en el mismo colegio.

Sin embargo, el de 1995 fue el primer verano que Priscila vio de colores. Aquel fue verde. Qué curioso. Igual que la camiseta de Alex.